



crito y *sibun* en el antiguo teutónico. Comparando esta voz con su correspondiente en las lenguas semíticas, tenemos *shevang* en hebreo y *shebat* en árabe. Uno es igualmente *aika* en sanscrito, *yak* en persa, *echad* en hebreo, y así de los otros dialectos. La palabra *heras*, si solamente se hallara en griego, podría considerarse como un derivado del hebreo ó del fenicio *heren*; pero parece que debe desecharse esta opinión cuando se halla que aquella voz recorre los miembros de la familia que no pueden haberla tomado de allí, como el latín *cornu* y el alemán *horn*; y aun la palabra latina no puede derivarse del griego, porque la inserción de la letra *n*, que la aproxima más al semítico, no puede ser accidental, sobre todo cuando se encuentra esta misma letra en el alemán, con quien no puede sospecharse relación, ya con el hebreo, ya con el griego. Sin embargo, esta voz, que se halla así en muchos miembros de esta familia, es también universal en la semítica, donde se ve en siriaco *harno* y en árabe *heren*. Del mismo modo no parece que haya razón para poner en duda el puro origen sanscrito de la palabra *ama*, madre, y no obstante, es esencialmente semítica, *em* en hebreo y *omma* en árabe, que tienen la misma significación, como también *ama* en vasconce, que se halla en el idioma español para significar una nodriza. Bastan para explicar mi regla estos ejemplos, que presentan casos en que se encuentran algunas palabras en todos, ó casi en todos los miembros de dos familias; de suerte que pueden considerarse como primitivos ó esenciales en una y otra; y sólo en casos como estos admitiría yo que basta una comparación de las voces para demostrar una afinidad entre ciertas lenguas. Así, cuando un *lexicon*, como el de Parkhurst, hace derivar una palabra inglesa de una raíz hebraica, desecho desde luego la etimología como infundada; cuando deriva así una palabra griega, lo admito como posible, porque puede haberse comunicado por las relaciones con los fenicios; pero no prueba nada en cuanto á la derivación. Si como en los ejemplos anteriores dos ó más lenguas de estas tienen la misma voz primitiva, y aparece también en diversos dialectos semíticos, admito que supone cierta importancia para la formación de esa cadena misteriosa, que unía todas las lenguas unas con otras en cierto período de las primeras edades del mundo.

Esto nos lleva á otra investigación importante. ¿Qué número de voces que se hallen semejantes en diversas lenguas nos da derecho para deducir que estas tienen un origen común? Este punto ha sido la materia de un cal-

culo matemático curiosísimo del Dr. Young, que no ha penetrado aun en ninguna obra de etnografía, que yo sepa, probablemente porque se inserta en un ensayo sobre asuntos que no tienen relación alguna con aquel estudio. Después de dar sus diversas fórmulas, concluye así: «Parece que no podría deducirse nada relativamente al grado de parentesco entre dos lenguas de la coincidencia de sentido de una palabra única que se encontrase en estas dos lenguas, y que las probabilidades serían tres contra una á que las dos voces no concordaban; pero si tres palabras parecen idénticas, entonces habría más de diez contra una, que deben ser derivadas en uno y otro caso de cualquiera lengua madre, ó introducidas de algún otro modo: seis palabras darían más de mil setecientas probabilidades contra una, y ocho cerca de diez mil; de tal suerte, que en semejantes casos la probabilidad se diferencia poquisimo de una certeza absoluta. En el vasconce, por ejemplo, ó antiguo idioma de cierta parte de España, hallamos en el vocabulario que acompaña al elegante ensayo del barón G. de Humboldt, las palabras *beria*, nuevo; *ora*, un perro; *guchi*, pequeño; *ogia*, pan; *otzoa*, un lobo; de donde viene el español *onza*, y *zarzi* (ó *shasphi*, como le escribe Lacroce) siete. Pues en el antiguo egipcio, nuevo es *beri*, un perro *nhor*, pequeño *hudchi*, pan *oih*, un lobo *ounsh*, y siete *shashf*. Y si consideramos estas palabras como bastante idénticas para admitir que pueda calcularse por ellas, las probabilidades serán más de mil contra una, que algún período muy remoto se estableció en España una colonia egipcia, porque ningún dialecto de las naciones vecinas ha conservado vestigios de haber sido el intermedio por el cual se hayan transmitido estas voces (1).»

Esta conclusión es sin duda demasiado determinada y atrevida, porque estas semejanzas, aun admitiendo que sean reales, pueden explicarse suficientemente por la suposición que los dos idiomas tuvieron en el origen un mismo punto de procedencia, y conservaron cada uno por su parte algunos fragmentos de una lengua primitiva que les era común. Sin embargo, para los que van en pos de este sistema de comparaciones, deben ser sumamente interesantes los resultados generales de este cálculo matemático, y más cuando parece que prueba que un número de voces muy limitado, si son realmente semejantes y de un carácter tal que

(1) *Remarks on the reduction of experiments of the pendulum. Philosoph. transact.*, vol. CIX, para 1819.



no hayan podido comunicarse por relaciones recientes, basta para demostrar la afinidad entre dos lenguas.

Vengamos ya, por fin, á las consecuencias de esta larga investigación, que era necesaria para comprender el valor respectivo de los resultados que voy á exponeros. No tengo casi necesidad de decirlos que los partidarios del sistema *lexico* ó de la comparación verbal, hallan más fácilmente analogías entre idiomas hablados por naciones muy distantes entre sí, y que no tienen ninguna conexión histórica. Así el vasconce, que el doctor Young compara con el egipcio, según hemos visto, ha sido confrontado del mismo modo por Klaproth con las lenguas semíticas, y ha sacado de las dos un número de voces que parecen, ó son realmente semejantes (1). También envió una carta á Champollion, en que indica muchas coincidencias verbales curiosas entre el copto y lenguas muy lejanas, particularmente las que se hallan entre el Obi y el Wolga (2). Pero tendré ocasión de hablar de sus tareas asiduas en esta parte de la ciencia.

Las dos familias que presentan mayor facilidad para examinar la conexión entre idiomas de caracteres totalmente diferentes, son, sin contradicción, la indo-europea y la semítica, de que tantas veces habeis oído hablar, porque conocemos mejor sus diversos miembros, que los de ninguna otra familia; de ahí proviene que se han hecho muchos esfuerzos para ponerlas en contacto, pero por haber despreciado la regla que he propuesto, de cerciorarse de la originalidad de las palabras que se comparan en las dos familias, mirando si penetran en la totalidad ó sólo en una parte de sus ramas, las más veces no ha sido satisfactorio el resultado. Por ejemplo, el doctor Prichard, en una lista comparativa que ha dado (3), me parece que no ha examinado suficientemente, ya el carácter primitivo de las voces, ya su existencia en la familia entera. Así compara la voz hebrea *yain*, con el latín *vinum*; nosotros podríamos añadir el griego *oinon*, y la comparación es probablemente exacta. Pero como es más que verosímil que el cultivo de la viña y la fabricación del vino vinieron del E. al O., y pertenecían á las naciones semíticas en los tiempos más remotos, podemos suponer que el nombre acompañó á la cosa, y así sería un nombre prestado. Compara también el latín *lingua*, len-

(1) *Memorias relativas al Asia*, Paris, 1824.

(2) *Memorias relativas al Asia*.

(3) *Eastern origin of the celtic nations*.

gua, con el hebreo *loang*, tragar; fuera de que no es probable en etimología la conexión entre estas dos ideas, la palabra *lingua* es peculiar al latín en la familia indo-europea, pero viene á ser una voz de familia si observamos lo que dice Mário Victoriano, «que los antiguos decían *dingua* en vez de *lingua* (1).» Restituida así la palabra á su forma primitiva, entra en afinidad con el alemán *zung*, y pierde toda su semejanza con el verbo semítico.

He dado, pues, algunos ejemplos de lo que considero como las comparaciones verbales más satisfactorias entre las dos familias, cuando he sentado la regla que debe guiar en estas investigaciones; pero quisiera además hacer notar que hay puntos en el carácter gramatical de las dos familias que sufren una comparación más circunstanciada de lo que se ha intentado hasta aquí. Difícil sería para mí explicar mi pensamiento sobre esta materia sin entrar en un análisis comparativo, minucioso y complicado, apenas inteligible sin el conocimiento de las lenguas, y poco ó nada interesante para gran parte de los lectores (2). So-

(1) *Novensiles sive per l, sive per d scribendum communionem enim habuerunt littera ha apud antiquos, ut dingam et linguam, et daeriminis et lacrimis. Marrii Victorini, grammatici et rethoris, De orthographia; Ap. Petr. Sanctand., Lugd., 1584.*

(2) El lector habrá observado que los pronombres personales se cuentan entre los elementos más importantes empleados por los etnógrafos para determinar las afinidades de las lenguas, y en el discurso anterior he hecho ver qué conclusiones importantes había sacado Lepsius de la semejanza marcada entre los pronombres y las afijas del egipcio y del hebreo. El Dr. Prichard, en su *Apéndice* al fin de su *Origen oriental*, etc., ha comparado, es verdad, algunos de los pronombres hebreos con los indo-europeos, como *atta* con *tu*, etc.; pero me parece que un análisis más íntimo de este y de los demás pronombres, llevará á sacar conclusiones más satisfactorias.

Cuando descubrimos que siempre es idéntica una porción de cada palabra en una clase particular, mientras que varia lo demás, podemos inferir justamente que aquella forma solamente un carácter genérico, que con toda seguridad puede omitirse al estudiar la determinación específica de la palabra ó al compararla con otras lenguas. Así, en sanscrito el pronombre de la primera persona es *aham*, y el de la segunda *tuam*; por donde Bopp considera con razón la sílaba *am* como puramente genérica, y reduce las partes esenciales á *ah* y *tu*, correspondiente la primera al antiguo tudesco *ih*, en latín *ego*, y la segunda al latín *tu*, al persa *to* ó *tu* y al alemán *du*.

Ahora bien: me parece que los pronombres semíticos están envueltos en una composición semejante, que debería descifrarse antes que espemos poder al-



lamente diré que estoy convencido que hallaremos una afinidad gramatical entre las familias más íntima de lo que nos inclinamos al principio á sospechar; y con satisfacción hago

canzar sus partes características, y sólo puede conocerse esto comparando unas formas, perdidas ahora en algunos dialectos, pero conservadas en otros. La sílaba que vamos á hallar así comun á todas las personas en los dos números, es *an*, pronunciada diferentemente *an* ó *en* según la tendencia de los diversos dialectos; pero siempre compuesta de las mismas dos letras *aleph* y *nun*.

El pronombre de la primera persona en singular es AN-ochi en hebreo, abreviado en AN-i, en caldeo AN-a, en siríaco EN-o, en árabe EN-a. Los plurales son respectivamente: hebreo AN-achnu, caldeo y samaritano AN-an, siríaco chnan, árabe N-achna. En las dos últimas lenguas se ha perdido más ó menos la sílaba preformativa.

Los pronombres de la segunda persona en hebreo (omitiendo por abreviar los femeninos que siguen á los masculinos según reglas dadas), son *atta* singular y *attem* plural. Pero en la primera T, expresada en hebreo solamente por un signo de duplicación se halla oculta una N suprimida, de tal suerte que todos los gramáticos están de acuerdo en que estas formas reemplazan á AN-ta y AN-tem. En esto quitan toda duda por medio de los otros dialectos: caldeo AN-t y AN-tun, siríaco AN-t, AN-tum (aunque una raya sobre la N indica que no debe pronunciarse esta letra, y reúne así los otros dialectos con el hebreo), árabe EN-ta, EN-tom.

En la tercera persona el hebreo y el árabe han perdido enteramente la partícula constituyente, ó más bien han adoptado un pronombre diferente; pero el siríaco la ha conservado preciosamente en el plural, y los caldeos en ambos números. Así caldeo IN-e, singular, IN-un, plural masculino, IN-e (i) n, femenino, en cuyas palabras *aleph* se convierte en I por los puntos vocales á causa de la reduplicación de N; siríaco EN-un, plural masculino, EN-e (i) n, femenino.

Según este análisis, parece que la sílaba AN es simplemente una partícula genérica que no forma una porción esencial de ningún pronombre, sino que es comun á todas las personas, y por consiguiente pueda y debe ser separada de ella antes que toquemos á la sustancia particular ó esencial de cada uno de ellos, porque penetra íntimamente en todos los pronombres, cualquiera que sea el número, el género ó la persona, de un modo mucho más marcado que el sanscrito *am*.

Si aplicamos este sistema al pronombre de la primera persona de singular, tendremos la porción esencial de él en el hebreo, porque en todos los demás dialectos se le encuentra solamente bajo la forma abreviada OCHI, que puede muy bien compararse al sanscrito *ah-am*, ó al alemán *ich*. Hasta la forma abreviada I (AN-I) conserva una semejanza suficiente con el antiguo alemán *ih*.

mención de una obra que verosíblemente abrirá nuevo campo á las indagaciones de los sábios, é indicará nuevos puntos de afinidad entre estas familias y otras muchas: hablo de la

Si pasamos al plural, parece que la porción radical del pronombre hebreo es ACHNU, cuya primera parte proviene al parecer de la aspirada C (*caf*) en el singular, trasformada aquí en una pura gutural. Si es así, la porción del pronombre, que denota estrictamente el número plural, sería NU, y tenemos en los otros dialectos las gradaciones desde la forma completa hasta su abreviada: árabe (N) AC-HNA, siríaco CH-NAN, caldeo (AN) AN. Según estos grados parece que NU, NA ó N, son las formas características de la primera persona del plural, y esto nos da una coincidencia singularísima con los duales sanscrito y griego *nou* y *noi* y el plural latino *nos*.

En la segunda persona es todavía más marcada la semejanza, porque quitando la sílaba genérica se reduce el pronombre á TA en hebreo y en árabe, y á T en caldeo y siríaco; lo que se concilia bastante con el sanscrito *tu-am*, gen, *tai*, el latino y el persa *tu* y el alemán *du*. El plural se forma del singular por la regla ordinaria.

Cuando he analizado los pronombres de la tercera persona en siro-caldáico, era simplemente con el fin de probar la repetición constante de la partícula constituyente en todas las partes del sistema pronominal. Pero si examinamos las formas conservadas en el singular en el hebreo y el árabe y en el siríaco, no parecerá menos sorprendente que la anterior la comparación entre los pronombres de esta persona. El masculino singular es en la primera de estas lenguas HU, en la segunda HUA, y en la tercera HU. Podemos compararles el persa *o*, el galo *evo*, que en la afixa muda como el hebreo en *avo* ú *o*, el latino *hic*, *hujus*, *hi*, y el inglés *he*. El femenino es el mismo en todas, HI: precisamente sucede lo mismo en galo, en el cual *hi* es la tercera persona del femenino. El plural HEM ó su femenino HEN ó el siríaco EN-UN pudiera compararse tal vez con el galo correspondiente *hwyni*.

Propongo estas conjeturas con toda la reserva conveniente: demasiadas veces he visto cuánto puede seducir una teoría ingeniosa á su autor, é inducirle desgraciadamente á tomar por analogías reales ciertas semejanzas imaginarias ó accidentales: así, estoy doblemente alerta cuando me ocurre alguna nueva consideración. Sin embargo, no puedo menos de creer que el procedimiento que he seguido y las afinidades que he expuesto, son dignas de atención por la uniformidad que se descubre en toda la esfera de su acción. Si es así, tenemos un punto de contacto nuevo é importante entre las dos grandes familias, fundado sobre el análisis gramatical de los elementos primarios del discurso.

Otras investigaciones hay, que creo dignas de continuarse por la probabilidad de que conduzcan á los mismos resultados; pero por ahora basta lo que antecede. Solamente haré observar que parece exis-



Paleografía del Dr. Lepsius como un medio de examinar las lenguas, que él ha aplicado al sanscrito. Esta obra, que se publicó en 1834, abunda en investigaciones curiosísimas y originales. Con este nuevo elemento ha establecido muchas semejanzas muy ingeniosas y patentes entre el sanscrito y el hebreo, de modo que no queda duda ninguna según su expresión, sobre la existencia de una semilla comun, aunque no desenvuelta en las dos lenguas (1).

Estimulado por sus felices resultados en esta ocasión, se le aconsejó que se aplicara al estudio del copto para descubrir sus relaciones con otras lenguas si era posible, porque hasta allí se había considerado este idioma como aislado é independiente. Por la generosidad que caracteriza á los gobiernos de Alemania, siempre que se trata de los intereses de la literatura, se le puso en estado de proseguir sus investigaciones, que han tenido el éxito más completo. A la bondad de la docta persona que le sugirió la idea de emprenderlas, debo yo el poder presentarles sus resultados hasta una época muy reciente. La primera carta, de que he traducido los extractos siguientes, es de fecha en París á 20 de Enero de 1835, y está escrita al caballero Bunsen:

«Mis estudios egipcios y coptos adelantan mucho, y me han dado resultados que me han sorprendido agradablemente, y cuyo interés universal en beneficio de la historia de las lenguas se evidencia cada día más. Lo que me sobresaltó algo al principio era la completa soledad lingüística en que estaba al parecer el copto, y la poca apariencia que había que pudiese yo jamás sacar de él ningún auxilio para mis indagaciones sobre las antigüedades egipcias. Al mismo tiempo debo confesar que las demostraciones históricas de Quatremère sobre el origen de la lengua egipcia

ten vestigios en los dialectos semíticos, de lo que se considera en general como peculiar de la otra familia, á saber, la conjugación por medio de verbos auxiliares; porque las voces pasivas en caldeo y en siríaco *ithpael*, *ethpael*, *ethpaal* y *ettapsiel* parece claramente que han salido de la unión del verbo sustantivo *ith*, del cual se hallan vestigios en el hebreo *la-ith*, *no es*, y en las partículas determinadas *eth* y *goth* con el verbo indefinido.

(1) *Paleographie als Mittel für die Sprachforschung zunächst am sanscrit nachgewiesen*; Berlin, 1834. Una coincidencia notable entre las dos lenguas es la manera de considerar el *resch* (*r*) evidentemente como una vocal en las reglas relativas á los puntos hebraicos, precisamente como en el sanscrito la letra R.

»(que á decir verdad son independientes de la lengua misma), habían dejado muchas dudas insolubles en mi entendimiento en cuanto á la identidad de los idiomas egipcio y copto. «Ahora he descubierto en la esencia del lenguaje mismo, no sólo que no hay ninguna apariencia de una variación gramatical, y que aquel posee tal vez en sumo grado el principio de esta habilidad que caracteriza á los dialectos semíticos, sino también que ha conservado en su formación vestigios de una antigüedad más remota que ninguna lengua indo-germánica ó semítica que yo conozca; y estos vestigios se hallará que son de un modo inesperado importantes aún para estas dos familias. Al mismo tiempo, no puede llamarse semítico ó indo-germánico el copto, porque tiene su propia formación particular; y sin embargo, no puede desconocerse su parentesco fundamental con ambas familias. Su grado de cultura es poco más ó menos el mismo que el de las lenguas semíticas, y por consiguiente, el parentesco es aquí más manifiesto. El progreso que V. ha indicado del lenguaje silábico que pasa al alfabético, es también un elemento importantísimo para el copto.

«Las raíces de los pronombres son de las primeras partes del discurso, que al parecer han obrado en la formación del lenguaje y han influido en él en un grado considerable. «Insisto mucho en la comparación de estas raíces con las formaciones pronominales semíticas é indo-germánicas. Por ejemplo, comparemos por un instante las afixas de los pronombres personales en copto y en hebreo, para ver la relación entre la formación de una y otra:

	mi mar	nuestro mar	tu mar m.	tu mar f.
HEB.	jam-mi	jam-nu	jam-ka	jam-k (i)
COP.	jom-i	jom-n	jom-k	jom-ti
	vuestro mar	su mar m.	su mar f.	el mar de ellos.
HEB.	jam-kem (ken)	jam (o)-hu	jam-ha (t)	jam-m-u
COP.	jom-ten	jom-f	jom-s	jom-u (l)

(1) Me tomaré la libertad de añadir algunas observaciones: 1.^a La semejanza en la primera persona del singular es completa, porque la reduplicación de *in* en el ejemplo escogido es accidental, por la razón que se supone que es derivado de la antigua voz inusitada *imm* (*yaman*); de suerte que la afixa es simplemente *i* como en el copto. 2.^a La diferencia en la segunda persona del singular femenino es también más aparente que real, máxime cuando el hebreo en las segundas personas se aparta de la afixa sugerida por analogía *ta*, *ti* ó *tem*, *ten*, y toma una *c* en lugar de la *t*. El copto aclara esta dificultad conservando en esta circunstancia las afixas regulares,



«Ahora estoy ocupado en preparar la publicación de una gramática copta, dando así cuenta de la nueva dirección que he fijado á mis estudios. Sin embargo, publicaré primero una parte comparativa, que se fundará principalmente en las raíces pronominales, aseguraré el terreno en que se ha levantado la lengua copta, y marcaré su lugar entre las otras lenguas mejor conservadas. La parte nueva y especial de su formación, la que da á cada lengua su individualidad propia, se unirá así de un modo más cómodo para el autor y el lector, con la otra parte más antigua por la cual se enlaza con otros dialectos. Algunas partes importantes de mi gramática copta están ya concluidas en lo sustancial; y en suma, no es una tarea tan difícil aclarar algo lo que estaba antes sepultado en las más profundas tinieblas.

«Me he inclinado á fijar una atención particular en los nombres numerales, que he hallado notablemente semejantes á las figuras que indican sus números respectivos. Lo que me ha sorprendido más aún, es que los números indo-germánicos y semíticos concuerdan exactamente hasta en los pormenores con el sistema egipcio; que además las cifras sanscritas son esencialmente egipcias, y que todo esto se halla en el Egipto con mucha más claridad, y en mayor grado de proximidad á su origen natural. Me parece definitivamente que los guarismos numéricos pasaron de Egipto á la India, de donde los trasportaron los árabes, que todavía los llaman indios, por la misma razón que nosotros los llamamos arábigos, porque los recibimos de estos pueblos. La armonía notable de los números en el copto, el semítico y el indo-germánico, y su derivación fácil de demostrar, principalmente en el egipcio, de las tres raíces pronominales y de su conexión una con otra á la manera de las cifras, me llevarán á una discusión más extensa sobre este importante asunto.

«En fin, uno de los puntos principales que han ocupado mi atención, es la unión incontestable entre el alfabeto semítico y los alfabetos demóticos, y consiguientemente jeroglíficos de los egipcios. Lo que dificulta en gran parte las indagaciones sobre la pronunciación del copto, son los caracteres griegos que se adoptaron en el siglo segundo ó tercero; entonces se abandonaron necesariamente muchas de las distinciones más delicadas que existían

mientras que en el masculino imita al hebreo en sus variaciones. 3.^a Es evidente que esta observación se aplica igualmente á la segunda persona del plural.

«sin duda en la antigua paleografía. Al mismo tiempo, la pronunciación de la lengua copta, que al principio me parecía completamente sumergida en el caos, á causa de la acumulación extraordinaria de vocales y otras particularidades, ha venido á ser clara para mí, en especial desde que he hecho investigaciones más profundas sobre los acentos, que en las gramáticas se consideran como poco esenciales, y en general se dan con mucha incorrección en las obras publicadas. Pero ahora tengo algunos manuscritos que me han prestado de la Biblioteca, y he sacado de ellos luces enteramente nuevas sobre esta materia.»

El segundo extracto que voy á presentaros, es de una carta fecha 14 de Febrero de 1835.

«He pensado que tal vez sería mejor escribir, y enviar á la Academia mi ensayo sobre los nombres y los signos de los números, cuya clave, así como la de sus interesantes relaciones, creo haber hallado incontestablemente en las cifras egipcias y en los nombres numerales coptos. Esto estará pronto en una semana á más tardar; y los resultados me parecen perfectamente claros y satisfactorios, mucho más porque explican el enigma cuya solución se ha ensayado tantas veces; pero con poco fruto respecto del sentido de aquellas lenguas numerales, y no solamente por lo que mira al copto, sino también tocante á las lenguas semíticas é indo-germánicas. Este descubrimiento pondrá el círculo entero de estos dialectos en una armonía notable uno con otro; lo cual á mi juicio puede ser de grande importancia para los ramos elevados de la lingüística comparativa.»

Las conclusiones que han de sacarse de estos interesantes documentos, deben ser evidentes para todo el mundo. Nos hemos cerciorado que el antiguo egipcio, identificado ahora enteramente con el copto, no puede considerarse ya como un idioma aislado, falto de relaciones con los que le rodean, sino que presenta extraordinarios puntos de contacto con las dos grandes familias, tantas veces mencionadas, no bastante distintos á la verdad para que se le admita en una ú otra clase; pero, sin embargo, bastante definidos y arraigados en la constitución esencial del lenguaje para evitar que se los considere como accidentales ó como un fingerito reciente que se hubiese hecho en él. Los efectos de este carácter intermedio son, según la expresión de Lepsius, agrupar juntos este círculo de lenguajes en una armonía notable, de tal suerte, que en vez de considerar por más tiempo como completamente aisladas las familias semítica é indo-europea, ó tener que bus-



car un corto número de coincidencias verbales entre ellas, podemos ahora considerarlas como enlazadas una con otra, ya por puntos de contacto actuales, ya por la interposición del copto, en una afinidad misteriosa fundada sobre la estructura esencial y las formas más necesarias de estos tres idiomas.

Echemos ahora una ojeada sobre las indagaciones ulteriores á que deben conducir estos descubrimientos á un ánimo reflexivo. Por ejemplo, ¿cómo se han formado semejantes intermedios? ¿Acaso del uno y del otro de aquellos grupos abultados que no formaban originariamente más que uno solo, de tal suerte, que separándose como una mole dividida en dos por alguna convulsión natural, queden fragmentos más pequeños desprendidos en astillas del uno y del otro, conservando el grano particular y las cualidades de cada uno, de manera que se noten los puntos de su unión primitiva? ¿O deben considerarse todos juntos como vástagos de un tronco común, cuyas variedades son el resultado de circunstancias desconocidas ahora, y dependientes de leyes que probablemente no obran hoy? Escoged la hipótesis que queráis, ó más bien figuraos el resultado que os acomode, y que sea la consecuencia probable de estos descubrimientos y de su futura extensión, y llegareis necesariamente á la unión, á la comunidad de estas grandes familias ó grupos que forman esta unión en parte entre ellas solas, y en parte como las construcciones poligonales de los antiguos por medio de fragmentos más pequeños, á los cuales ha permitido la Providencia asimilarse con estos grupos.

Lo más digno de notarse es que la escuela más severa, la que exigía al parecer una demostración de afinidad demasiado rigorosa para que pudiera practicarse jamás fuera de los límites de una familia, ha descubierto en realidad esta afinidad entre las familias mismas sin dejar ninguna argucia que pueda sostenerse contra este hecho importante; porque esto debe terminar todo lo que pueda esperarse de este estudio mientras se trata de principios; ahora cuanto queda de desear es su aplicación ulterior, y ensayar el mismo procedimiento en otros grupos separados en apariencia de los demás.

Llegados aquí, volvamos por un instante los ojos atrás para ver la conexión de nuestro estudio con los libros santos. Por el simple bosquejo histórico que he trazado, aparece que el primer movimiento era más propio para infundir temores que confianza, mucho más cuando quedaba rota la gran cadena que se suponía

antes ser el lazo de todas las lenguas entre sí. Por algún tiempo continuó el movimiento dividiendo y desmembrando cada vez más, y por consiguiente, ensanchando siempre, según todas las apariencias, la brecha entre las ciencias y la historia sagrada. Siguiendo el progreso, se empezaron á descubrir nuevas afinidades donde ménos se sospechaba, hasta que por grados se fueron agrupando varios idiomas y clasificando en grandes familias, en quienes se reconoció un origen común.

Entonces, otras indagaciones nuevas disminuyeron gradualmente el número de las lenguas independientes, y por consecuencia ensancharon los límites del terreno de las masas más grandes. Por fin, cuando parecía casi agotado este campo, se ha conseguido con una nueva clase de investigaciones probar ciertas afinidades extraordinarias entre estas familias, que existen en el carácter mismo y en la esencia de cada lengua, en términos que ninguna de ellas hubiera podido existir jamás sin los elementos sobre los cuales se fundaba la semejanza. Y como esto excluye toda idea de que la una haya podido tomar nada prestado de la otra; como aquellos elementos no pueden haber nacido en cada una por un procedimiento independiente, y como las diferencias radicales entre las lenguas impiden que se consideren como dialectos ó vástagos una de otra, forzosamente tenemos que concluir que, por un lado, estos idiomas debieron estar originariamente reunidos en uno solo, de donde sacaron los elementos comunes y esenciales á cada uno de ellos, y por otro, que la separación que destruyó otros elementos de semejanza no ménos importantes, no puede atribuirse á una separación gradual ó á un incremento individual, porque hace mucho tiempo que hemos excluido estos dos casos, sino que esta causa es una fuerza activa, violenta, extraordinaria y suficiente por sí sola para conciliar las apariencias de choque y explicar las semejanzas y diferencias. Parece que sería difícil decir qué grado más pudiera exigir el escéptico más insaciable ó más irracional para poner los resultados científicos en concordancia íntima con la narración de la Sagrada Escritura.

Mas para completar la historia de este estudio, no debo dejar de hablar de los escritos y de las opiniones de varios autores, que no han seguido la línea de demostración que yo he recorrido hasta aquí, aunque sus nombres se hayan citado en la ocasión. En consecuencia, os pondré delante sus conclusiones positivas, y así, haciéndolos ver cuánto me apoyan en las deducciones que he hecho de sus inves-